

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, noviembre de 1951

Núm. 993

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

TRES VALIENTES

En mi pueblo había tres hermanos, que oscilaban entre los treinta y ocho a cuarenta y dos años; los tres estaban solteros y sin ánimos de casarse.

Un día, uno de ellos propuso a los otros que debían casarse y crear cada uno una familia e invertir el mucho dinero que tenían en cosas útiles para la sociedad.

El que tal propuso conocía a sus hermanos y sabía que ninguno sería capaz de dirigirse a una chica del lugar, para pedir su mano; y el muy pillo les hizo tragar el «anzuelo», y les comprometió en una apuesta en la que se hacía constar lo siguiente: "El que dentro de tres días no tenga novia y esté dispuesto a casarse dentro del mes, pierde su hijuela en beneficio del otro hermano, o de los otros, si los dos sostuvieran relaciones con una mujer y éstas terminaran en la Vicaría en el plazo determinado". Los tres firmaron la apuesta con todo rigor.

Después de cenar nuestros hombres se retiraron a su respectivo dormitorio; todos iban preocupados, pensando cada cual a quién se iba a dirigir; y, como veremos, los tres pensaron en una misma hija de Eva.

Uno de ellos, el que había propuesto la apuesta, había pensado en una hija del sacristán del pueblo, que también era cuarentona. Este *vivo*, en lugar de acostarse, no lo hizo, y sigilosamente salió de la casa sin ser oído por sus hermanos y se fué a casa del sacristán, al que sorprendió la visita por lo avanzado de la hora.

Al verle tan azorado, le pregunto:

—¿Ocurre algo?

—Nada de particular; es que yo quería decirle a usted una cosa, y no me atrevo.

—Habla, hombre, con toda la confianza; ya sabes que se te aprecia.

—Es que... que... no me atrevo.

—Hombre, si es algún cargo de conciencia, vamos a casa del señor cura, y entiéndetelas con él.

—No, señor, si es usted el que me tiene que decir que sí, porque si no yo no puedo vivir.

—Pero, hombre, ¿como quieres que

yo te diga que sí, si todavía no me has dicho a qué vienes?

—¡Vengo a casarme con su hija!

—Me has dejado en un aire; un tiro no me hubiera producido tanto efecto; para casarte con mi hija tiene que ser el señor cura el que lo haga; pero antes vas a decirme si mi hija consiente en ello, si es gusto de los dos, porque yo no sé una palabra por su parte.

—No, señor, su hija María no sabe nada; pero yo quería que usted se lo dijera, porque a su hija no me atrevo a decírselo.

—Bien, amigo mío; vente mañana, si Dios quiere, y yo te diré lo que mi hija me diga. A las ocho de la noche te espero.

No había pasado media hora, cuando el segundo de los tres hermanos salió de su casa sin ser oído por nadie y se dirigió a casa del sacristán; llamó y fue recibido por éste, que al verlo creyó que iba a remachar el clavo diciendo que su hermano era una persona decente y de buena posición, (cosa que ya sabía el sacristán).

¡Cuál no sería su sorpresa, cuando, al ser preguntado por la causa de la visita, le dijo nuestro hombre que iba a pedirle la mano de su hija, para casarse dentro de quince días!

Nada gustó al sacristán esta segunda petición, y ya lo iba a mandar con cajas destempladas, creyendo ser víctima de un pitorreo, pero supo contenerse, y dijo como solución preventiva, que al siguiente día, a las ocho y media de la noche, le esperaba para darle la contestación.

La hora era avanzada, y el sacristán se disponía a acostarse, cuando el aldabón de la puerta sonó repetidas veces. Sale a la ventana y ve al tercero de los hermanos, que con mucha urgencia quería hablar con él.

Abre la puerta y... ¡zas! otra declaración amorosa para casarse con su hija en la próxima semana.

Queriendo seguir la *burla* el sacristán y pensando que ya no tenía un pelo en la cabeza para que aquellos solterones se lo *tomaran*, le dijo con mucha calma que él nada podía decir, que consultaría con su hija, y que a

la noche siguiente y hora de las nueve, volviera para saber la contestación.

En toda la noche no pudo pegar un ojo el sacristán; no sabía cómo había de resolver aquel jeroglífico tan enrevesado.

Y por la mañana se fue a contar al señor cura lo ocurrido la noche anterior; y éste le dijo que su misión se había de reducir a mandarlos a su casa (a casa del señor cura), que él lo arreglaría todo y les haría pagar cara su burla, para lo cual se puso en combinación con su sacristán.

Dando el reloj del pueblo las ocho de la noche, sonaron fuertemente dos aldabonazos en la puerta del sacristán. Era el hermano mayor de los tres el que puntualmente acudía a la cita.

El sacristán se limitó a mandarlo a casa del señor cura, diciéndole que él le daría la contestación.

A las ocho y media y a las nueve se repitió la llamada de los otros dos hermanos, que fueron despachados en la misma forma.

Esperaba el señor cura las visitas periódicamente, y éstas no se hicieron esperar.

Al primero en acudir le dijo:

—Tú ya sabes que el que se case con la hija del sacristán no ha de tardar mucho en sucederle en los cuidados de la iglesia. Tampoco ignoras que un sacristán ha de tener valor y no ser miedoso, porque muchas veces ocurre que hay que entrar en la iglesia a media noche, y esto impone; no todos valen para ello.

—Yo no tengo miedo, señor cura, y si usted quiere, esta misma noche voy a la iglesia yo solo y a la hora que usted me diga.

—Bien—repuso el cura—. Si quieres casarte con la hija del sacristán, vete ahora mismo a la iglesia, subes a la torre, y allí encontrarás una túnica blanca y unas cadenas muy gruesas. La túnica te la pones, y las cadenas te las atas a la cintura. También encontrarás instrucciones, que has de ejecutar con toda la precisión al dar la primera campanada de las doce.

Se despidió del señor cura prometiendo cumplir fielmente todo lo indicado.

Del segundo hermano, que acudió a la hora indicada, y lo mismo del tercero, se deshizo el sacristán mandándolos a casa del señor cura.

Al segundo le dijo mosen Andrés,

después de hacerle varias observaciones:

—Vete a la iglesia, y en el centro de la nave principal encontrarás un ataúd vacío; entras en él cual si fueras un muerto, y allí, después de puesta la tapa, estarás hasta las doce y media, que yo mismo te llamaré.

—Si ésto haces—prosiguió—, te casarás con quien tú desees.

También el mozo prometió cumplir fielmente lo indicado.

Al tercero le dijo:

—Ya sabes que hoy se ha muerto el tío Manuel, y, como es costumbre, está en la iglesia su cadáver; vete a verlo; y de allí no te moverás hasta que el sacristán o yo vayamos a buscarte.

Igualmente que sus hermanos, prometió seguir al pié de la letra la misión impuesta.

Al dar las doce el reloj de la iglesia, comenzó a descender nuestro hombre de la torre, haciendo un ruido infernal que se aumentaba con el silencio de la noche, y el ruido que producían las cadenas al saltar de peldaño en peldaño retumbaba en las bóvedas del templo.

Al mismo tiempo, y según las instrucciones que en la torre encontrara, bajaba diciendo:

—¡Yo soy el alma que vengo a buscar el cuerpo de este difunto!

Y esto recitando una y otra vez y a cada paso que daba, llegó a preocupar al que velaba, y mucho más al que se fingía muerto.

Viendo que el ruido se aproximaba a la caja, y lleno de terror, *el muerto* dió un puntapié a la tapa y se levantó sobresaltado, tomando las de Villadiego a todo correr fuera de la iglesia.

El que velaba, y lo mismo el que bajaba de la torre, que ya estaba muy cerca del ataúd, al ver que el muerto había resucitado, y sin llegar a conocerlo (tan impresionados estaban), corrieron también precipitados buscando la calle.

Como todos los tres ignoraban en el lazo que habían caído, y el instinto les guiaba a su casa, todos corrían siguiéndose los pasos, en una misma dirección.

La carrera se acentuaba por los dos primeros, al ver que el ruido de las cadenas no cesaba de oírse y que por él eran perseguidos; y los tres en un pelotón se encontraron a la puerta de su casa, con una excitación nerviosa imposible de resistir.

Mucho tardaron en reconocerse en la oscuridad, y, unos por otros, ya tranquilos y despejados de aquella pesadilla cruel, juraron no volver a preocuparse de contraer matrimonio; y el protagonista, el de las cadenas, se confesó culpable por creer que en aquella forma hubiera sido suya la hijuela de sus dos hermanos.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Caminando vino Jesús de Nazaret a pasar el Jordán y a caer de nuevo a los confines de Judea. Y, como de costumbre, le siguieron las muchedumbres de otras veces, y púsose de nuevo a enseñar y a curar.

Entonces unos fariseos se le acercaron para tentarle, y le dijeron:

—¿Es lícito al varón repudiar a su mujer?

Pero estaban muy lejos de esperar la respuesta que salió de los labios del Señor.

—¿No habéis leído—les dice—que quien hizo al hombre desde el principio de la criatura, los hizo varón y hembra, y dijo: «Por esto dejará el hombre su padre y madre, y se adherirá a su mujer, y serán los dos para una carne. De modo que ya no son dos, sino una carne». Pues lo que Dios juntó no lo separe el hombre.

No es problema que tenga forma legal en España el repudiar a la esposa para unirse a otra mujer. No obstante, en la clandestinidad, en la ilegalidad, por ser contrario al derecho y estar condenado por las leyes, el adulterio es objeto de preocupación para la Iglesia Católica española la frecuencia con que el hombre rechaza, sin rechazarla oficialmente, a la esposa a quien juró lealtad y fidelidad ante el altar en juramento sagrado.

Es curioso observar cómo personas que son incapaces de faltar a la palabra dada ligeramente en cuestiones sin importancia, porque padecería su honor, o dejar incumplida la apuesta deportiva concertada en la tertulia del café, o de aceptar el compromiso forzado contrayendo una obligación para con otra persona, en asuntos sin trascendencia, sin embargo, el compromiso solemne, firmado en documento civil y religioso, jurado en acto trascendental realizado ante Dios y ante la familia que le rodea y ante los amigos que asisten al importante acto matrimonial, ese juramento de fidelidad lo rompen al primer empuje del vendaval, dejándose llevar ligeramente del capricho pasajero de una ilusión, que, satisfecha, le llenará de oprobio y de remordimiento.

Ha faltado al honor, al juramento que hizo ante el altar; falta con ello a la fidelidad que juró a su esposa y que él le exige constantemente. Su palabra jamás podrá ser tenida en cuenta, pues dejó de cumplir la que dió en los momentos más solemnes de su vida, y faltó y humilló a quien más estaba en la obligación de ser fiel al compromiso empeñado.

Y esta vergüenza humillante para el hombre es pecado de muchos en la vida matrimonial. Se creen con derecho a poder pisotear un juramento tan sagrado, y lo que hacen con estos hechos es hundirse en la abyección y en el desprecio de los que tienen del honor el concepto que se debe tener.

No hay disculpa para el adúltero. Se debe a su mujer por muchos conceptos: por el honor, por el juramento hecho ante Dios y ante los hombres, por la fidelidad que él exige de ella, por mutua

correspondencia, por sus hijos, pues tienen derecho a que su padre sea... lo que debe ser un hombre honrado y no pueden tolerar la ofensa que se hace a su madre, y también porque de un hombre que falta a deberes tan sagrados como son los deberes que el vínculo matrimonial origina, no puede ser digno de ninguna confianza, pues todos los demás deberes, en un orden jerárquico, siempre estarán en un grado más inferior; y quien falta a los compromisos más elevados, fácilmente dejará de cumplir las obligaciones que pueda contraer con otros semejantes con quienes no le une vínculo alguno tan sagrado y tan grande como el del matrimonio.

Y hasta aquí, humanamente hablando, pues, si somos católicos, como lo somos por el bautismo, nuestra responsabilidad ante Dios es grande.

“Lo que Dios juntó no lo separa el hombre”. Lo mismo da que las leyes lo prohiban y la clandestinidad lo haga un hecho, el pecado es el mismo; el hombre en todo caso es un adúltero, y su pecado es horrible ante los ojos de Dios.

«Yo os digo—les dijo Jesús de Nazaret—que cualquiera que repudie a su mujer y tome otra es adúltero.»

R.

España a la muerte de Enrique IV

Moría Enrique IV y quedaba Castilla infestada de salteadores y bandidos; el pueblo, agobiado y sin recursos; la autoridad real, por los suelos; los castillos estaban gobernados por señores feudales, reyezuelos en sus dominios y enemigos del poder real centralizador.

Andalucía estaba dividida en bandos, y ardía en guerras civiles. La nobleza desafiaba orgullosa la autoridad del rey y luchaban entre sí por imponer su despotismo feudal.

Este era el cuadro desolador de España al morir Enrique IV y ésta era la patria que Isabel y Fernando habrían de convertir en estado poderoso «en cuyos dominios no se ocultaba el sol».

Fue precisa la decisión de una reina y la entereza de un rey, para derrumbar castillos que llenaban de sombra el poder de la patria, desterrar duques de Medinaceli y marqueses de Cádiz y condes de Cabra. Abrir audiencia pública en Sevilla que hacía huir de la ciudad más de cuatro mil personas temerosas de caer en manos de la justicia de los reyes Isabel y Fernando. La vara de la justicia en sus manos no se doblegaba.

Cuentan las crónicas de la época que se celebró por entonces un ruidoso proceso que puso muy alto la norma de justicia de los nuevos reyes. Era Alvaro Yáñez de Lugo, vecino de Medina del Campo. Obligó éste a un escribano a hacer una escritura falsa, con el fin de apropiarse de ciertos bienes. Para asegurar el secreto mató al escribano y lo enterró en su misma casa. Querrellose la viuda ante los reyes; hicieron las pesquisas necesarias, y, por algu-

Planchas ACANALADAS
de CUBRICION
Almacenes ARBUÉS
Covadonga, 27 - GIJÓN

nos indicios, fue preso Alvaro Yáñez. Con vencido de su delito lo confesó, ofreciendo cuarenta mil doblas para la guerra contra los moros, si se le perdonaba la vida. Hubo algunos en el consejo real cuyo voto era que se recibiesen, pues aquello en que se habían de distribuir era cosa santa y necesaria. Pero la reina no aceptó el ofrecimiento a pesar del interés ofrecido, y le mandó degollar.

La paz volvía a los campos y a las ciudades, y las armas, innecesarias ya para defenderse contra ladrones y malhechores, fueron cambiadas por los útiles del trabajo, sintiéndose tranquilos y amparados con la gran justicia establecida por los reyes católicos.

Cierto día preguntó al rey el embajador florentino:

—¿Cómo se explica que España, que hasta hace poco apenas era conocida en Europa, se haya puesto a la cabeza de las naciones?

Y el rey le contestó:

—Es que los españoles tienen muy buenas cualidades para la guerra y para la paz, pero necesitan estar bien gobernados.

Díaz de VIVAR

CHARLA

—Una limosna, señor.

—¡...!

—Ayúdeme por Dios con alguna limosna para poder comer en el día de hoy.

—Pero... ¿no ha comido usted todavía, y son las cinco de la tarde?

—No; aún no pude reunir más que dos pesetas escasas. El día está muy lluvioso y es malo para los pordioseros.

—Es usted ya viejo ¿Tiene familia?

—No soy tan viejo como parezco; tengo cincuenta y nueve años, y mi familia toda se la llevó Dios.

—Vaya, la suerte le trató duramente.

—Hubo de todo en la vida. Fuí rico; fui feliz, y después... ya usted ve a donde he llegado.

—¿Quiere venir conmigo a comer a un restaurant?

—Eso es demasiado para mí; con una pequeña limosna me daría por muy contento.

—Venga conmigo, y después de comer cuénteme su historia. Estoy aburrido, y perdone que le diga con crudeza que su charla me distraerá.

—Acepto, señor, es posible que mi historia le sirva para mucho.

El hombre rico vio con curiosidad e interés cómo el mendigo comía con ansias y hambre extraordinaria los distintos platos de aquel banquete que le había caído del cielo. También observó que sus maneras de comer eran educadas, sus modales discretos y su educación en la mesa, correcta. Le observaba con atención, y adivinaba en el pobre mendigo un pasado distinto de su presente. Su curiosidad crecía por saber la vida de aquel hombre.

Terminada la comida, el hombre rico comenzó diciendo:

—Tengo un gran placer en poder ayudarle. Créame que soy un hastiado de la vida. Todo lo tengo y de todo estoy harto. Le invité a comer; le hablo crudamente

por mera curiosidad de satisfacer un capricho mío. Estaba aburrido y pensaba comer solo, y sólo por distraerme le invité. Pero el verle comer y adivinar en sus modales una educación esmerada, me está llenando de curiosidad. ¿Por qué pide usted limosna?

—Yo viví muy bien. Manejaba mucho dinero. Alternaba en sociedad y disfrutaba de la vida. Un día... unos negocios no muy limpios dejaron en muy mal lugar mi capital y mi reputación. Desde entonces mi situación económica fue fatal. Mi mujer enfermó, y Dios se la llevó, tal vez para evitarle la vergüenza de esta situación. Un hijo que tenía de mi matrimonio se lo llevó la guerra. Jamás supe ni donde, ni cómo murió. Me vi solo. Solo y con mis tristes recuerdos y mis remordimientos. Un día, desesperado, quise matarme, pero antes tuve la suerte de entrar en la iglesia para despedirme. Aquello fue una revelación. Me arrodillé delante de un Cristo. Estábamos solos los dos. Lloré, lloré desesperadamente, y cuando hube desahogado mi corazón, miré hacia Él, clavado en la cruz, que me miraba con amor. Sin palabras, con su mirada, me dijo muchas cosas, y desde aquel momento me sentí otro hombre. Decidido a luchar, a mendigar limosna, a arrostrar todas las calamidades que El quisiera enviarme, para compensar en lo que pudiera la mala vida pasada.

Desde entonces, aunque usted no lo crea, soy feliz en mi desgracia. Cada sufrimiento es un placer para mí, porque aumenta un mérito más a mi vida. Y, si me siento desfallecer, voy de nuevo ante el Cristo que me dio tanto valor, y salgo optimista, fuerte, decidido a seguir luchando y soportando las calamidades que El quiera enviarme... hasta que me llame con ella, por haberme hecho digno de su perdón. Y ésa es la historia de mi vida, y hoy no me quejo, porque sería ofender a Dios.

—¿Y dice usted que se siente optimista y feliz?

—Efectivamente. Es cierto, aunque a usted le parezca extraño.

—Es curioso oírle hablar de optimismo y felicidad en plena miseria; y yo, rico, sin que nada me falte, vivo aburrido, triste, sin ilusiones...

—Y sin embargo hoy soy más feliz que cuando era hombre rico como lo es usted hoy.

—Y qué le parece a usted que debo hacer para encontrar ilusión y optimismo en la vida?

—Viva usted honradamente y ayude a sus semejantes cuanto pueda, que eso le dará muchas alegrías.

—Comenzaré por ayudarle a usted.

—No, eso no. Ya hizo usted bastante. Déjeme a mí con mi pobreza, que, ya que mi salud no me deja trabajar, seguiré pidiendo y mendigando para que Dios me conceda su perdón.

—Pero usted acaba de abrirme un campo desconocido para mí, que pueda llenar mi hastío con gran provecho para mi alma.

—Ese es mi pago por el favor que acaba de hacerme dándome de comer; pero no olvide, de vez en cuando, acercarse a aquel Cristo que habla al corazón con la mirada y da alegría y fé a quien la necesita.

Don Justo

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

¿Qué es la vida?... Es un vaivén. un tronco que se desgaja; nace el hombre; si trabaja, fuerzas su cuerpo tendrá para luchar por la vida; que en esta mísera tierra todos andamos en guerra por ver quién mejor saldrá.

Por riquezas lucha el rico, que mil cuidados le ofrecen; los pobres, porque carecen dellas, en jaque se ven, y luchan para alcanzar un muy mezquino salario, ¡tan sólo lo necesario que dé a su cuerpo sostén!

Sin sacrificio, imposible que haya remuneración; sin trabajo, producción capaz que mantenga al hombre más y más multiplicado, cual es justo y racional, en la esfera terrenal; ¡no es esto cosa que asombre!

Y no tiene solución, no hay medio; cuando es ya madre la mujer, y el hombre padre, o aquel a quien el sér dieron perece, o trabajarán no tan sólo para sí, para el nuevo sér. ¡He ahí qué obligación se impusieron!

Y tendrán que resignarse, pues es caso de conciencia «la lucha por la existencia» para el que indigente está. La constancia en el trabajo y la mente fija en Dios, irá el hombre siempre en pos del bien que buscando va.

Con fé ardiente y verdadera, y en la virtud escudado, se habrá el hombre acomodado a su humilde condición; y luchará por la vida con más decidido empeño, porque encontrará halagüeño sufrir con resignación.

Nadie busque, no, otra senda para llegar a sus fines, que es de corazones ruines otros medios pretender; no olviden que hay otra vida... ¡Ser pobre y negar el Cielo es el mayor desconuelo que un pobre puede tener!

Si el poderoso, aturdido, engolfado en los placeres, no recuerda que hay deberes del sepulcro más allá, no lo extraño; por desgracia, doquier la abundancia impere no ven al que de hambre muere... ven la dicha sólo acá.

Por eso abatido el pobre, falto de fe y de virud, le es muy penosa su cruz, pues su desgracia le ciega. Y viendo gozar al rico, siempre en festines triunfar, y él su miseria aumentar, de su condición reniega.

Para el pobre, el hacendista algo de sus bienes reste; y el pobre para con éste dócil sea de corazón; pues vivirán como hermanos, si en el rico hay caridad y en la indigencia humildad, *que es la igualdad en acción.*

MOISÉS GARCÍA FERNÁNDEZ

FINIS

En la muerte de mi tía Consuelo
(30 - X - 1951)

(SONETO)

Todo acabó. Ya se cerró la puerta de aquella casa que se me dió un día. Tiembla la llave aquí en la mano mía. Tú la última saliste, e ibas muerta.

Cuando dejaste tu mansión desierta, yo en pena y dolor me consumía, supe mirar a Dios, y en Él veía para mi soledad su ayuda abierta,

Ya cerré aquel hogar que mis abuelos abrieron ante Dios una mañana, y al liquidarlo hoy lloran mis ojos.

Ya todos os juntasteis en los cielos, y pienso en Dios ¡Resignación cistiana! y lloro ante su cruz puesto de hinojos.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Comentando

Recuerdos

Yo detrás de ti, entre tanta gente que te acompañaba, solo con el pozo de mis recuerdos. Llovía, como si Dios rociase desde el Cielo tu cadáver con abundante agua bendita, o como si los ángeles quisieran anegar con sus lágrimas mi pena.

Un día antes, Dios te llamó. Tu cuerpo, que se quedaría en la tierra, amaba a tu alma y se resistía a entregársela a Dios. pero tu alma amaba a Dios, y con El se fué. Al darte ese adiós postrero que se rompe en el pecho porque la garganta se niega a darlo al aire, me pareció que Dios allí presente me decía:

—Toma esta llave, y con ella cierra para siempre esta casa que hasta hoy estuvo consagrada a Mí. Hace muchos años, se la entregué a tus abuelos ante mi altar, y ellos la abrieron. Y fue una casa de bendición. En ella hubo paz y bienestar, calor y cariño, delicias y bienestares. En ella hubo oraciones y sonrisas, y pan caliente para todos. Pero también hubo penas profundas. Lágrimas que se secaban

en los ojos y que brotaban del alma; penas que se anegaban en la resignación y en la paciencia, porque en esta casa había temor de Dios. Ellos abrieron sus puertas con esta misma llave y por ella entraron primero tus abuelos; después tus padres, tus tíos, tus hermanos. Todos entraban llevando consigo una alegría para los demás. Y todos ellos salieron: tus abuelos, tus padres, tus hermanos... y todos salieron dejando una pena y una resignación. La última en salir ¿te acuerdas? fue tu misma madre. Pero no dejó la casa vacía. La figura señera de este hogar quedaba para tu consolación llenándolo todo. Y hoy vengo por ella. El vacío es mayor que nunca, porque ella fue también tu madre, y fue madre de tu madre y de tus tíos y de tus hermanos y de tus abuelos. Por eso, al marcharse ella la última, yo te entrego estas llaves, para que definitivamente cierres esta casa que entregué a tus antepasados."

Y yo, atónito, autómatas, sólo supe contestar en silencio:

—¡Gracias, Señor!

La lápida sepulcral oculta lo que de tí se queda en la tierra, Nada de nombres; en la muerte todos somos anónimos. Sólo un recuerdo de Dios y de tí. Una austera

inscripción dice: «Rogad por mí.» No trae más letra, pero dice bastante. Esta es la filosofía de la vida: desde el sepulcro sólo se mira la altura del cielo, y en ella a Dios, que recoge las oraciones por los muertos.

¡Rogad por mí! Lacónica expresión que es para mí un mandato, una orden. Y rogamos por tí los que en esta casa mía, que no es aquella que yo mismo cerré con temblorosa mano, quedamos. Tu nombre va unido al de Dios en nuestros labios y en nuestro corazón y por eso rogamos por tí.

Hasta aquella niñita que era toda tu delicia, al empezar nuestras silenciosas comidas, cruza sus manos sobre el pecho y dice: "Por ella. Padre nuestro"...

Y es éste nuestro alivio de hoy. Creer, porque creyendo podemos rezar por tí. El mandamiento sepulcral de tu lápida se cumple, y Dios oye nuestras oraciones. Al lado de Dios te sentimos, porque tu ayuda se desgrana sobre nosotros como rocío de flores mezcladas con las bendiciones de la Omnipotencia Divina.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Almacenes

Covadonga, 27
(esquina al parque infantil)
Teléfono 18-17

Arbués

Materiales
de
Construcción

GIJON

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen) VALENCIA

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 7 (esquina Parque Infantil) Telt. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERIA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La Caja de Ahorros de Asturias



Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)